

Peregrinaje a Jerusalén

El que bajó

Una peregrinación en doce capítulos



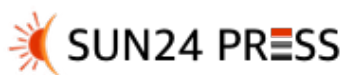
Jack O'Roof

PEREGRINAJE A JERUSALÉN

JACK O'ROOF

© Jack O'Roof

Primera edición publicada en octubre de 2026 por:



Sun24 Press
PO Box 10 13 45
80087 Múnich
Alemania

www.sun24.press
news@sun24.press

Érase una vez, no hace mucho tiempo, un peregrino que iba camino a Jerusalén.

Había caminado con su mochila durante muchas semanas a través del calor y el polvo hasta llegar a una vasta llanura casi desértica de casi cien kilómetros de ancho. Cerca de la mitad de aquella extensión vacía, dejó su mochila y se apartó un poco del camino para descansar a la escasa sombra de una palmera solitaria.

Justo cuando se acercaba al árbol, cayó en un profundo hoyo de arena de casi cinco metros de profundidad. Las paredes eran blandas y se desmoronaban. Cada vez que intentaba trepar, se le escapaban de las manos y los pies, y volvía a deslizarse hasta el fondo.

I

Después de algunas horas, otro peregrino pasó por el camino, vio la mochila y se acercó a la palmera. Mirando hacia el hoyo, dijo: «Soy musulmán y rezaré por ti». Desenrolló su alfombra de oración, la orientó hacia La Meca y rezó. Cuando terminó, la enrolló de nuevo y gritó hacia abajo: «Inshallah. Alá quiso que cayeras en este hoyo. Seguiré rezando por ti». Luego continuó su camino.

II

Poco después, otro viajero notó la mochila y se acercó al borde del hoyo. «Soy hindú», dijo, «y el hecho de que hayas caído ahí es tu karma, tu destino. Debes aprender a aceptarlo. En el próximo pueblo rezaré por ti en uno de nuestros templos y encenderé incienso en tu nombre». Hizo una leve reverencia y siguió adelante.

III

Un poco más tarde apareció el siguiente peregrino. «Soy budista», gritó hacia abajo. «Qué afortunado que tu Buda te haya conducido a este lugar. Aquí, en completo silencio y sin que nadie te moleste, tienes una rara oportunidad de conocerte profundamente. Quizá incluso puedas alcanzar el Nirvana. Ojalá yo ya hubiera llegado tan lejos». Se sentó en meditación silenciosa frente al hoyo de arena durante un tiempo, luego se levantó y se fue sin decir otra palabra.

IV

No mucho después, otro peregrino descubrió el hoyo. «Soy cristiano de una Iglesia libre», dijo con entusiasmo, «y lo que te ha pasado es terrible. Rezaré contigo y por ti ahora mismo para que podamos sacarte». Sacó su guitarra y comenzó a tocar música de adoración enérgica, cantando una y otra vez hacia el hoyo que el hombre de abajo debía abrir su corazón a Jesús. Después de casi dos horas se cansó, dio un sorbo de Red Bull y cambió a canciones más

tranquilas. Cuando otro peregrino –una joven– pasó por allí, recogió sus cosas y la siguió por el camino.

V

Algún tiempo después, una mujer se detuvo en el borde. «Soy protestante luterana evangélica», dijo enojada hacia el hoyo, «y mereces haber caído aquí. Eres un marido patriarcal que dejó a su esposa e hijos solos en casa mientras disfrutabas de tu peregrinaje. Iré al pueblo más cercano, le contaré a tu esposa y le aconsejaré que solicite el divorcio y la custodia exclusiva de los niños». Antes de irse, escupió en el hoyo y pateó la mochila varias veces.

VI

Un poco más tarde llegó otro peregrino. «Soy cristiano ortodoxo ruso», dijo, «y desafortunadamente no puedo ayudarte. Esta tierra no pertenece a Rusia y tú no fuiste bautizado en la Iglesia Ortodoxa Rusa. Aun así, te daré una pequeña botella de vodka y rezaré por ti. Y como ya no necesitas tu saco de dormir, estoy seguro de que no te importará si lo cambio por el mío». Tiró la botella hacia abajo, intercambió los sacos de dormir y continuó su camino.

VII

Poco después, un cristiano ortodoxo griego pasó por el camino. «Esto es terrible», dijo. «Por supuesto que te ayudaré. Iré al próximo pueblo y volveré con ayuda. Pero el calor es intenso, así que solo puedo viajar temprano por la

mañana y por la tarde. Puede que tarde un poco». Luego celebró un largo servicio de oración al estilo ortodoxo tradicional junto al hoyo, durmió allí durante la noche y partió lentamente al amanecer.

VIII

Pronto otro peregrino se acercó al hoyo. «Soy un católico liberal progresista», dijo indignado, «y me parece escandaloso que la Iglesia Católica no haya proporcionado hoyos especiales para homosexuales y para personas divorciadas que se han vuelto a casar». Tomó una pala y cavó varios hoyos adicionales cerca, colocando carteles frente a ellos. «En el próximo pueblo escribiré al Papa y le pediré que coloque un cartel oficial del Vaticano al inicio de la ruta de peregrinaje, dejando claro que este camino está explícitamente abierto a estas personas». Luego se alejó.

IX

No mucho después, otro peregrino llegó al hoyo. «Soy miembro de la Curia Católica en Roma», dijo. «Puedes confesarte conmigo, hijo mío». Se colocó la estola alrededor del cuello y escuchó en silencio y con paciencia mientras el hombre en el hoyo hacía su confesión. Le concedió la absolución y la bendición. Luego dio un mordisco a su sándwich de salmón, bebió un sorbo de su agua mineral Pellegrino, lustró sus finos zapatos de cuero, deseó al peregrino las abundantes bendiciones de Dios y continuó su camino.

X

Un poco más tarde, otro viajero vio la mochila y se acercó al borde. «¡Oh Dios mío, esto es cruel!», exclamó. «Soy judío». Lloró amargamente, aulló y golpeó su cabeza contra la palmera. Después de unos minutos dijo: «Iré al pueblo más cercano y traeré ayuda. Si has muerto de hambre o de sed para cuando regresemos, cerraremos el hoyo con tus restos. Cualquiera que pase puede dejar una pequeña piedra sobre tu tumba. Lo cercaremos y lo declararemos parte del Estado de Israel. Serás reconocido como ciudadano israelí. Luego encontraremos y demandaremos a todos los que te tendieron esta trampa. Que el Dios de Abraham, Isaac y Jacob esté contigo, hermano mío». Se dio la vuelta y se fue.

XI

Finalmente, un peregrino alto llegó por el camino. Su ropa estaba gastada y desteñida; claramente había estado viajando durante mucho tiempo. Caminaba descalzo y llevaba solo una pequeña mochila. Su rostro estaba marcado por el sol y el viento. Se detuvo junto al hoyo y escuchó en silencio mientras el hombre de abajo le contaba lo ocurrido. Luego dijo: «Hazme un poco de espacio ahí abajo. Baja-
ré contigo».

Saltó al hoyo, le dio al peregrino agua y un poco de pan, y dijo: «Ponte de pie sobre mis hombros. Te impulsaré, y con un poco de esfuerzo de tu parte deberías poder salir».

El peregrino hizo lo que le indicó y finalmente logró salir del hoyo.

Lleno de alegría, agradeció al hombre que seguía de pie en el fondo, prometió regresar con ayuda lo antes posible y le preguntó su nombre. El rescatador solo le dijo que fuera rápido a buscar ayuda.

XII

El peregrino corrió tan rápido como pudo hacia el pueblo más cercano, deteniéndose una o dos veces para beber de un cactus en el camino. Cuando llegó al pueblo, contó a la gente lo que había sucedido. Enseguida encontraron un jeep y un pequeño grupo partió con él.

Pero cuando llegaron y miraron hacia el hoyo, estaba vacío.

Junto al hoyo había una cuerda, tirada en la arena en la parte superior.